



Etices

Boletín trimestral de Bioética

Volumen 6, número 3 • Julio - Septiembre de 2014



EDITORIAL
CES



UNIVERSIDAD CES

Un compromiso con la excelencia

Resolución del Ministerio de Educación Nacional No. 1371 del 22 de marzo de 2007

Grupo ETICES

Etices

Boletín trimestral de Bioética

Volumen 6, número 3 • Julio - Septiembre de 2014

Boletín trimestral
de Bioética



EDITORIAL
CES



UNIVERSIDAD CES

Un compromiso con la excelencia

Resolución del Ministerio de Educación Nacional No. 1373 del 22 de marzo de 2007

**Facultad de Medicina
Departamento de Humanidades**



Etices

Boletín trimestral de Bioética

ISSN 2145-3373

Facultad de Medicina y Departamento de Humanidades / Universidad CES

Grupo de investigación ETICES

Volumen 6, número 3

Julio – Septiembre de 2014

Fax: 2 68 28 76

Envíe sus comentarios y sugerencias a través de las siguientes direcciones:

fochoa@ces.edu.co

jwosorio@ces.edu.co

jtaborda@ces.edu.co

Descargue gratuitamente este boletín desde www.ces.edu.co/index.php/boletinesces

Integrantes del grupo ETICES

Francisco Luis Ochoa J. Médico. Magíster en Epidemiología.

José María Maya Mejía. Médico. Magíster en Salud pública. Rector Universidad CES.

J. Mauricio Taborda A. Filósofo. Magíster en Filosofía. Candidato a Doctor en Filosofía.

John Wilson Osorio. Historiador. Especialista en Educación. Magíster en Administración.

Santiago Henao. Médico Veterinario. Doctor en Bioética.

Luis Fernando Toro P. Médico. Magíster en Epidemiología. Candidato a Doctor en Humanidades.

Stella Navarro. Médica. Intensivista. Magíster en Bioética.

Juan Manuel Uribe Cano. Filósofo. Especialista en Educación. Magíster en Ciencias Sociales. Doctor en Filosofía.

Rodrigo Posada Bernal. Economista Industrial. Magíster en Ciencias de la Administración.

Sara Múnera Orozco. Fisioterapeuta. Graduate Student Assistant en University of Pittsburgh.

Diseño y diagramación: Oficina de Proyección Corporativa

Imágenes tomadas de: www.shutterstock.com

LA DIMENSIÓN ÉTICA DE LA CIENCIA FICCIÓN Y LA MITOPOEIA¹

Carlos Eduardo de Jesús Sierra Cuartas²

Exordio: naturaleza del problema

Con gran tino y sensatez, cabe aseverar que la Bioética llegó para quedarse en el mundo actual, sobre todo la versión global y radical de la misma. Esta afirmación posee un hondo sentido con motivo del sinnúmero de problemas que ha traído consigo el manejo irresponsable del enorme poder que la ciencia y la tecnología le permiten al ser humano. Precisamente, Van Rensselaer Potter, científico y humanista estadounidense, uno de los padres más conspicuos de la Bioética, concibió la misma en lo esencial como el conocimiento sobre cómo manejar el conocimiento, una definición sencilla que tiene la ventaja inestimable de ser entendible por las personas en general.

Al fin y al cabo, resulta indeseable que la Bioética permanezca encerrada en los círculos de especialistas, máxime cuando nuestra época, caracterizada por una crisis global de la civilización, requiere que la sociedad en general cuente con la preparación necesaria para participar con solvencia en los grandes debates éticos derivados de los malos usos de la ciencia y la tecnología.

Esto cabe resumirlo con sencillez en estos términos: todo gran poder exige una gran responsabilidad. De hecho, es una frase que no está restringida a los tex-

tos más especializados sobre Bioética y cuestiones afines, puesto que tiene presencia en medios de mucho mayor alcance, como en la creación más famosa de Stan Lee: El hombre araña. En esta obra de Lee, Ben Parker, tío del protagonista, Peter Parker, en cierto momento le dice a su sobrino dicha frase, la cual resonará de ahí en más en la mente de Peter una vez se convierta en el hombre araña. Por lo tanto, gracias a obras como ésta, de alcance popular, las ideas centrales de la ética de la ciencia y la tecnología han ido ganando en difusión, lo cual es bueno si se trata de que el hombre de a pie no se limite a relacionarse de manera heterónoma con la ciencia y la tecnología en calidad de mero consumidor o usuario.

Ahora bien, este ejemplo de la creación de Stan Lee no es casual habida cuenta de que corresponde a un género, el de la ciencia ficción, caracterizado por el hecho que no pocas de sus obras ofrecen ideas éticas y bioéticas con décadas de anticipación con respecto al momento en el que surge la Bioética actual, esto es, a finales de la década de 1960 cuando Van Rensselaer Potter publica su artículo titulado *La ciencia de la supervivencia*. Del mismo modo, otro género cercano, el de la mitopeia, o sea, el género narrativo en el cual un autor crea una mitología propia, brinda ideas éticas y bioéticas antes de Potter. A este respecto, el mejor ejem-

1. Texto pergeñado por el autor cual óbolo para contribuir con los fines del boletín *Ética*.

2. Ingeniero químico de la Universidad Nacional de Colombia y Magíster en Educación Superior de la Pontificia Universidad Javeriana. Profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia. Miembro de la Sociedad Julio Garavito para el estudio de la astronomía, del Consejo editorial de la Circular de la Red de Astronomía de Colombia, de la Red de enseñanza de la ética, del grupo de investigación Bioethicsgroup de la Universidad Militar Nueva Granada, de la History of Science Society (USA), de la New York Academy of Sciences, de la British Society for the History of Science, de la Newcomen Society for the Study of the History of Engineering and Technology y del International Committee for the History of Technology.

plo es la obra literaria de John Ronald Reuel Tolkien, sobre todo *El Silmarillion* y *El Señor de los Anillos*, al igual que una conferencia suya titulada *Sobre los cuentos de hadas*. Así las cosas, abordemos con algún detalle los aspectos éticos de ambos géneros.

Cautelas indispensables en torno a la ciencia ficción

Ahora bien, no todo lo existente en la ciencia ficción tiene la calidad necesaria para abordar los aspectos éticos acerca de la ciencia y la tecnología, lo cual tiene que ver con la historia correspondiente. Este panorama del género quedó expresado con ironía por uno de sus grandes maestros, Theodore Sturgeon, quien decía lo siguiente, palabras que han pasado a ser todo un lema para la creación literaria: “El 90% de la ciencia ficción es una porquería, pero es que el 90 % de todas las cosas es una porquería” (Reyes, 2001: 14). Así, nuestro norte debe apuntar hacia ese 10% de ciencia ficción de fuste, lo cual no significa que contamos con un número exiguo de obras. Todo lo contrario, dado que ese 10% vale un potosí. Si no fuese así, el filósofo alemán Hans Jonas, otro de los pensadores que ha contribuido a la Bioética, no hubiese tomado en cuenta a la ciencia ficción cual fuente de experimentos mentales: “Se trata, por tanto, de una casuística imaginaria cuya función no es, como en la casuística propia del derecho y la moral, poner a prueba principios ya conocidos, sino rastrear y descubrir los todavía desconocidos. La parte más seria de la “ciencia ficción” se basa precisamente en la realización de este tipo de experimentos mentales bien documentados, a cuyos resultados plásticos les puede corresponder la aquí mentada función heurística” (Jonas, 2004: 68-69). De esta forma, vemos que la ciencia

“De esta forma, vemos que la ciencia ficción permite simular diversos futuros para explorar las posibles consecuencias del presente.”

ficción permite simular diversos futuros para explorar las posibles consecuencias del presente. En otras palabras, el horizonte temporal de la Bioética, al ocuparse ésta de los impactos de la tecno-ciencia, corresponde al futuro, sobre el cual no tenemos datos en el presente, por lo que los experimentos mentales brindados por la ciencia ficción sería, de fuste, el 10 % señalado por Theodore Sturgeon, son inestimables para el quehacer bioético en la forma de la puesta en práctica de la heurística del temor planteada por Jonas como elemento clave para el buen uso del principio de responsabilidad.

Además, la definición básica de ciencia ficción coincide con lo anterior. Botón de muestra, la definición dada por Guillem Sánchez y Eduardo Gallego (2003), una entre varias definiciones posibles, lo expresa así: “La ciencia ficción es un género de narraciones imaginarias que no pueden darse en el mundo que conocemos, debido a una transformación del escenario narrativo, basado en una alteración de coordenadas científicas, espaciales, temporales, sociales o descriptivas, pero de tal modo que lo relatado es aceptable como especulación racional”. Aquí, por supuesto, lo que denominan ambos autores como especulación racional son los experimentos mentales bien documentados que destaca Hans Jonas.



La historia del género permite explicar bien la existencia de ese 10% de ciencia ficción seria. Habiendo comenzado con altura con autores como Jules Verne y Herbert George Wells, la ciencia ficción pasó luego por un período más bien crítico, antes de 1938, año en el que John Wood Campbell asumió como editor de la revista estadounidense *Astounding Science Fiction*, la más importante del género. Desde su puesto de editor, Campbell fomentó una revolución importante en el género, conocida como la Edad de Oro de la ciencia ficción, al introducir nuevos temas, nuevos autores y, de manera especial, un tratamiento mucho más riguroso de la ciencia, al igual que una mayor calidad literaria en la narración, lo que hizo que la ciencia ficción superase el cliché extendido a la sazón de meras "aventuras para adolescentes" (Wikipedia, 2015b). En suma, Campbell remodeló la ciencia ficción, lo que salta a la vista con la enumeración de algunos de los nombres de los nuevos escritores que dicho editor descubrió y cultivó, figuras ampliamente conocidas por los amantes del género: Isaac Asimov, A. E. van Vogt, Robert A. Heinlein, Clifford D. Simak, L. Sprague de Camp, Lester del Rey, Theodore Sturgeon, Hal Clement y Poul Anderson, entre otros. En todo caso, el público respondió en forma favorable a la nueva concepción de Campbell, lo que hizo de *Astounding* una revista emblemática de la Edad de Oro del género. Más adelante, tuvo lugar otra revolución, la así llamada Edad de Plata de la ciencia ficción, cuyas obras tendieron a concederle una mayor importancia a los análisis de problemas sociales de las sociedades futuras. Al llegar la década de 1970, tendió a declinar el impulso que la ciencia ficción había tomado merced a las edades antedichas,

aunque con excepciones, puesto que no han faltado desde entonces algunas obras memorables, tanto en el formato habitual del libro como en lo atinente al cine y la televisión. Por ejemplo, la trilogía cinematográfica de *Back to the Future*, la cual nos brinda un fascinante ejemplo de científico con elevada estatura ética, Emmett L. Brown; y la trilogía cinematográfica de Matrix, que contiene una crítica demoledora con respecto a la deshumanización provocada por la Internet. En esta perspectiva, sería erróneo clasificar a la ciencia ficción como un género escapista. En realidad, la ciencia ficción es el testigo más fiel de nuestro tiempo como hace ver con tino René Rebetez (1996: xvii). Pero, añádase, como hace ver Narciso Ibáñez Serrador (Conklin, 1979: 9), que la ciencia ficción es un testigo que, a la vez, nos hace mirar al cielo y nos brinda un cauce en el cual podemos liberar nuestra imaginación

Por supuesto, la rica y vasta historia de la ciencia ficción comprende mucho más que la apretada síntesis previa, por lo cual el amable lector puede acudir, por ejemplo, a un artículo mío reciente en el que podrá encontrar mayores detalles al respecto (Sierra, 2015b). En este punto, deseo centrar la atención más en los aspectos éticos concomitantes, cuya pertinencia y urgencia no resulta despreciable en un país como el nuestro habida cuenta de que la producción literaria correspondiente es bastante magra. De hecho, entre 1928 y 1996, apenas cuenta Colombia en su haber con 17 obras a este respecto (Wikipedia, 2015a). Para mayor ironía, conviene destacar que René Rebetez Cortés, uno de los pocos escritores colombianos que ha cultivado este género, ha merecido el gran honor de quedar incluido en *The World Treasury of Science Fiction*, una obra en la que apenas figu-

ran dos latinoamericanos, siendo el otro nada menos que el muy ilustre Jorge Luis Borges (Hartwell, 1989). En concreto, en esta antología figuran los relatos que llevan por título *La nueva prehistoria*, de Rebetez, y *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, de Borges.

La dimensión ética de la ciencia ficción

Precisamente, René Rebetez Cortés es un buen autor para iniciar el abordaje de los aspectos éticos contenidos en la ciencia ficción como procuré establecer en un artículo reciente (Sierra, 2015a). Por supuesto, no el único autor en este sentido, puesto que existen otras buenas opciones dada la riqueza axiológica contenida en la ciencia ficción seria. En fin, Rebetez hace ver que vivimos en la actualidad en términos de ciencia ficción dada la tecnología sofisticada que nos rodea por doquier, aunque ésta coexiste con la crisis presente de las ideologías, la ausencia de valores y el retorno a los atavismos, junto con la horrida conversión de los seres humanos en autómatas causada por la sociedad de consumo (Rebetez, 1996: XI).

Así mismo, Rebetez no pierde de vista la lucidez de algunos maestros del género a propósito de la dimensión ética de la ciencia ficción, como Kurt Vonnegut, quien destaca que los escritores respectivos son los únicos que tratan de los cambios terribles que están teniendo lugar en nuestro tiempo y los únicos en preocuparse por el futuro y por lo que las máquinas están haciendo de nosotros (Rebetez, 1996: xiii). Así, volvemos a la idea de Hans Jonas de la ciencia ficción cual fuente de experimentos mentales bien documentados. Además, el conjunto de temas abordados por la ciencia ficción resalta aún más esta dimensión ética, temas como la vida y la muerte, el espacio, el vacío, el tiempo, el absoluto, el pro-

“En fin, Rebetez hace ver que vivimos en la actualidad en términos de ciencia ficción dada la tecno - ciencia sofisticada que nos rodea por doquier, aunque ésta coexiste con la crisis presente de las ideologías, la ausencia de valores y el retorno a los atavismos, junto con la horrida conversión de los seres humanos en autómatas causada por la sociedad de consumo”



blema ontológico, el origen y destino de nuestra especie, etc. En otras palabras, como subraya Rebetez, la ciencia ficción es un índice que señala en forma perentoria las lacras de nuestra época, por lo que cumple un papel de fiscal incorruptible y vertical sin más compromiso que su capacidad profética.

Otro gran maestro del género destacado por Rebetez es el inolvidable Ray Bradbury, autor que hacía ver que la misión de los escritores del género es adivinar los futuros posibles derivados de las posibles máquinas (Rebetez, 1996: xv). Esto equivale a decir que el comportamiento imprevisible del ser humano es per se un hecho de ciencia ficción. De suerte que la ciencia ficción, al proporcionar un diapasón variopinto de futuros posibles, ayuda sobremanera en el discernimiento ético a la hora de abordar el análisis de las consecuencias, tanto las positivas como las negativas, de los usos de la tecno-ciencia.

Entre los pensadores contemporáneos que hacen un excelente uso de la ciencia ficción para el análisis de la crisis presente de la civilización figura Morris Berman (2011), un historiador cultural y crítico social que aborda la crisis de marrras desde su conocimiento del colapso del Imperio Romano de Occidente, puesto que encuentra diversos paralelos entre tal colapso y la crisis actual de nuestra civilización. Hacia la mitad de su libro, Berman aprovecha varios testimonios procedentes de la literatura del género que coinciden con su diagnóstico de una alternativa que permita capear el tem-

poral civilizatorio de nuestro tiempo, a la que denomina como la nueva opción monástica, esto es, del mismo modo que los monjes medievales salvaron todo lo que pudieron de la civilización clásica greco-latina, la salvaguarda de lo mejor de la ciencia y la alta cultura reside en la labor discreta y disciplinada de aquellos a los que Berman denomina como nuevos individuos monásticos, personas que no necesariamente pertenecen a una orden religiosa, por lo que más bien son humanistas sacro-seculares. De facto, en esta época, existe un buen número de nuevos individuos monásticos que, con su labor, contribuyen de alguna forma a resistir el oscurantismo actual, justo una situación que, tiempo antes de Berman, diagnosticó con lucidez Carl Sagan (1997), el divulgador de la ciencia más connotado del siglo XX, amén de autor de una famosa novela de ciencia ficción, *Contacto* (Sagan, 1999).

En concreto, los selectos testimonios literarios considerados por Berman como ejemplos de la opción monástica comprenden las siguientes obras del género: *Cántico a San Leibowitz*, la lúcida novela futurista de Walter Miller en la que el oscurantismo, contado a partir del siglo XX, dura unos mil doscientos años; *Fahrenheit 451*, una de las novelas emblemáticas de Ray Bradbury en la cual los bomberos del futuro están dedicados a la quema de libros, proscritos en esa sociedad; y *Un día perfecto*, obra de Ira Levin que retrata una sociedad de tres centurias en el futuro, parecida a la distopía de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley. Naturalmente, los bue-



nos ejemplos sobre la nueva opción monástica planteada por Berman no están restringidos a las tres obras mencionadas, puesto que las sociedades distópicas constituyen uno de los grandes temas de la ciencia ficción seria.

Los medios de comunicación actuales han permitido que la ciencia ficción no quede circunscrita al formato habitual del libro, por lo que el cine y la televisión cuentan con producciones llamativas y emblemáticas al respecto, entre las que cabe destacar a *Star Trek*, o *Viaje a las estrellas*, creada por Gene Roddenberry. De facto, la franquicia respectiva ha generado todo un fenómeno de culto y diversas referencias en la cultura popular. Así mismo, cuenta con un grupo de seguidores leales, los *trekkies*, un término acuñado por Roddenberry en la década de 1960 y que está admitido en el Diccionario Oxford de la lengua inglesa (Wikipedia, 2015c). Entre los *trekkies* famosos está el conocido físico británico Stephen Hawking. Incluso, en el ámbito académico, ha merecido el análisis ético concomitante, como podemos apreciar en el oportuno libro de Judith Barad y Ed Robertson (2001), quienes destacan que *Star Trek* imagina un universo con tecnología avanzada, aventuras a escala galáctica y un gran optimismo en lo que concierne al avance ético de la humanidad, por lo que la mayor parte de las historias que componen esta serie son fábulas morales con una riqueza notable en cuanto a los temas éticos abordados, temas como el relativismo cultural, la ética de la virtud de acuerdo con Platón y Aristóteles, la cues-

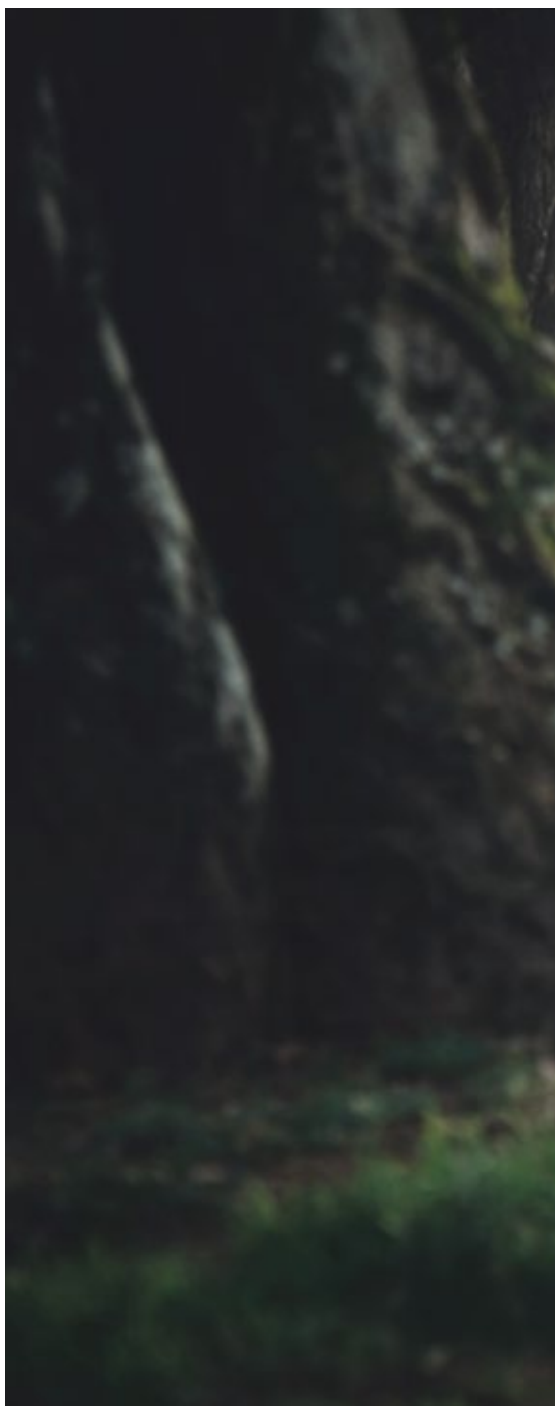
tion acerca de si la religión puede ser la base de la ética, la justicia en un escenario salvaje, el hallazgo del justo medio, la equidad y la amistad, el hedonismo frente al estoicismo cuando suceden encuentros entre culturas diferentes, la ética cristiana, el contrato social de Hobbes, la ética médica en relación con otras especies, el utilitarismo, el existencialismo, el honor entre los ladrones y los guerreros klingons, la cuestión sobre si el bien de la mayoría supera el bien de los pocos, y el dilema existencial de la moralidad de amo y esclavo. En estas condiciones, no debe sorprender que la NASA, en honor a esta serie, haya bautizado a una de sus lanzaderas espaciales con el nombre de *Enterprise*, en referencia a la astronave emblemática respectiva: *USS Enterprise NCC-1701*.

En este punto, conviene no pasar por alto una de las más influyentes series europeas de la historieta francesa del siglo XX: *Las aventuras de Tintín*, una creación del autor belga Georges Remi, más conocido como Hergé. Se trata de una serie compuesta por 24 preciosos álbumes, algunos de los cuales tienen una temática propia de la ciencia ficción, como *Objetivo: La luna*, *Aterrizaje en la Luna*, *El asunto Tornasol* y *La estrella misteriosa*. Tanto en tres de estos cuatro álbumes como en otros encontramos a un científico inolvidable y encantador, el profesor Silvestre Tornasol, algo así como un sabio renacentista y un ejemplo conspicuo de lo que debe ser un científico con elevada estatura ética. Inclusive, existe un estudio pormenorizado acerca de este personaje, de

autoría de Albert Algoud (2002), quien se refiere a Tornasol como un olvidado de la historia de la ciencia. Además, la figura que le inspiró a Hergé la creación de Silvestre Tornasol es la de un científico real, Auguste Piccard, inventor del batiscafo, al punto que el parecido entre ambos es bastante notorio. En lo ético, cuando es menester, Tornasol no lo piensa dos veces a la hora de destruir el microfilme que contiene los planos de un arma de destrucción masiva de su invención con el fin de evitar que caiga en manos indeseables, como cabe apreciar hacia el final de *El asunto Tornasol*, un episodio que recuerda un pasaje de la vida de Leonardo da Vinci, de quien se dice que, habiendo inventado un submarino, destruyó los planos y apuntes respectivos al temer los malos usos que pudiera dársele a su invento. En otras palabras, tanto Silvestre Tornasol como Leonardo da Vinci ilustran la responsabilidad social del científico y del ingeniero.

La dimensión ética de la mitopoeia

La mitopoeia ha adquirido un conocimiento amplio entre las personas cultas gracias a la obra literaria de John Ronald Reuel Tolkien (1947, 2002a, 2002b, 2002c). Más aún, gracias al séptimo arte, este conocimiento ha llegado incluso hasta los sectores populares gracias a la trilogía cinematográfica de *El Señor de los Anillos*, la obra maestra de Tolkien, dirigida por el neozelandés Peter Robert Jackson. De similar manera, *El Hobbit*, también bajo la dirección de Jackson, ha pasado en fecha más reciente del libro a la gran pantalla. Ahora bien, pese a este conocimiento tan extendido de la obra literaria de Tolkien, no puede afirmarse con seguridad que las personas en general sean conscientes acerca del rico trasfondo ético de la misma. Por ende, nos detendremos a continuación a este respecto. Por lo demás, el





canal televisivo History ha pergeñado un programa especial de dos horas que lleva por título *La verdadera historia de El Señor de los Anillos* de Tolkien. En suma, la obra de Tolkien ha ganado a estas alturas una fama más que merecida.

La dimensión ética en la obra de Tolkien no es algo casual habida cuenta de que, en sentido estricto, constituye una crítica demoledora a la sociedad industrial. Con mayor especificidad, estamos ante una obra cuya matriz ética fundamental es la ética neotestamentaria, reflejo del hondo y acendrado catolicismo de Tolkien. En el caso de *El Señor de los Anillos*, como ha establecido con lucidez el notable escritor católico Stratford Caldecott (2006) desde Oxford, hay tres figuras crísticas, esto es, personajes que se consagran a los demás, pasan por una especie de muerte y, finalmente, resucitan: Gandalf, Aragorn y Frodo. Además de esto, en lo tocante a la tecnología, hay un contraste llamativo entre dos paradigmas al respecto, antinómicos a más no poder. De una parte, la tecnología de los elfos, caracterizada por el cuidado de la estética y la imbricación armoniosa con la naturaleza, de una forma que, en la óptica de Iván Illich, el crítico más lúcido de las sociedades industriales, cabe denominar como tecnología cercana a la alternativa de lo convivencial (Illich, 2006, 2008). Botón de muestra, piénsese en la ciudad de Caras Galadhon, la capital del reino élfico de Lothlorien, el reino de los galadhrim, en la que salta de inmediato a la vista la imbricación antedicha. Por el estilo, los vestidos, las armaduras y las armas de los elfos, además de otros objetos, son de una belleza que fascina.

En marcado contraste, la tecnología de los orcos y el Señor Oscuro carece por completo de estética y está concebida

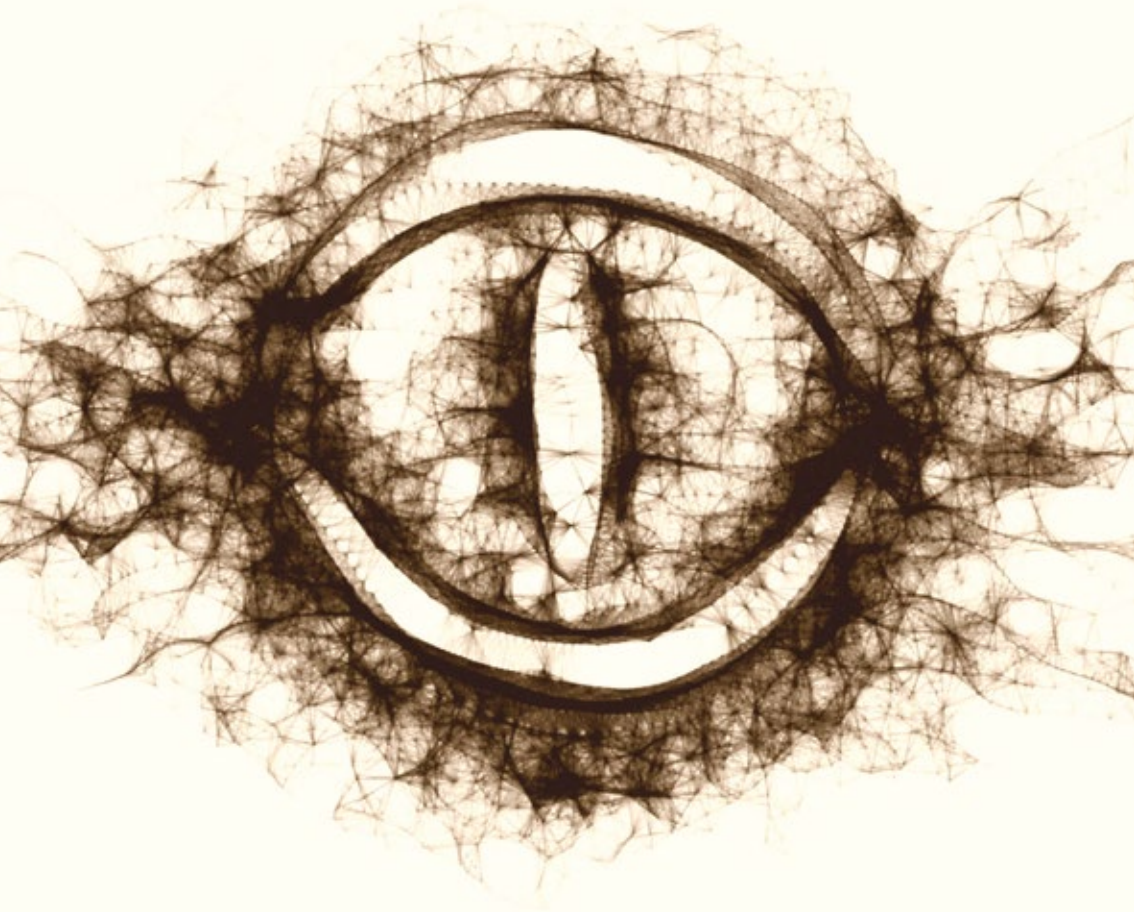
para fines altamente destructivos, por lo cual no puede afirmarse en modo alguno que sea una tecnología convivencial, respetuosa del ser humano y la naturaleza en general. Como ejemplo de esto, señalemos un tipo de espada empleada por los orcos, de tipo bracamarte, o bracamante, esto es, que termina en una punta más bien perpendicular con respecto al eje principal de tal espada, cuya finalidad es la de ensartar en forma cruenta a los caballos de los rohirrim para así abrirles el vientre de extremo a extremo. En lo relativo a natura, repárese en lo yermos que son los reinos de los orcos, es decir, Mordor e Isengard, cuyos paisajes están devastados por completo y son auténticos desiertos. La causa de esto estriba en un industrialismo a ultranza, como queda reflejado en una frase del mago Saruman: "El mundo antiguo arderá en los fuegos de la industria". En el caso de Mordor, apreciamos así mismo una situación de cambio climático, puesto que la ciénaga de los muertos surgió a raíz del incremento de la temperatura de la zona a causa de la actividad incesante del Monte del Destino, el cuartel general del Señor Oscuro.

Existe otro importante componente ético neotestamentario en la obra de Tolkien, el concepto de eucatástrofe, un término acuñado por él que se refiere al giro inesperado de los acontecimientos al final de una historia, lo que garantiza que el protagonista no sea víctima de un destino terrible e inminente. Por cierto, conviene no confundir este concepto con el de *deus ex machina*, el dios surgido de la máquina. La diferencia entre ambos radica en que la eucatástrofe concuerda con la estructura de la historia, mientras que lo de *deus ex machina* surge de forma repentina e inexplicable. Un bonito ejemplo de eucatástrofe lo tenemos precisamen-

te en la resurrección de Jesucristo. De hecho, Tolkien llama a la Encarnación la eucatástrofe de la historia de la humanidad y a la Resurrección, la eucatástrofe de la Encarnación. En suma, el concepto de eucatástrofe es una parte esencial de la mitopoeia de Tolkien. En lo que a *El Señor de los Anillos* atañe, el clímax correspondiente es una eucatástrofe dado que, si bien la victoria parece asegurada para el Señor Oscuro, el Anillo Único termina destruido por completo gracias al descuido de Gollum-Smeagol, a lo que le sigue de inmediato la destrucción del Señor Oscuro y su fortaleza de Barad-dûr en el Monte del Destino. Y esto acontece a despecho de que Frodo, un héroe que no salvó el día, sucumbe a la voluntad del Anillo en esos momentos, por lo que estamos ante una mala situación que resulta salvada gracias a intervenciones inesperadas. Además, si recordamos, en el transcurso de la historia, Gandalf intuía que Gollum-Smeagol terminaría por desempeñar un papel crucial en el curso de los acontecimientos respectivos.

En su magnífico ensayo titulado *Sobre los cuentos de hadas*, que corresponde a una conferencia suya del año 1939 dada en la Universidad de St. Andrews, Escocia, Tolkien (1947) presenta como sigue el concepto de eucatástrofe:

"But the "consolation" of fairy-tales has another aspect than the imaginative satisfaction of ancient desires. Far more important is the Consolation of the Happy Ending. Almost I would venture to assert that all complete fairy-stories must have it. At least I would say that Tragedy is the true form of Drama, its highest function; but the opposite is true of Fairystory. Since we do not appear to possess a word that expresses this opposite—I will call it Eucatastrophe. The eucatastrophic tale is





the true form of fairy-tale, and its highest function”³. A lo que añade a continuación esto que sigue:

“The consolation of fairy-stories, the joy of the happy ending: or more correctly of the good catastrophe, the sudden joyous “turn” (for there is no true end to any fairy-tale): this joy, which is one of the things which fairy-stories can produce supremely well, is not essentially “escapist,” nor “fugitive”⁴.

Por otro lado, la obra de Tolkien ha permitido así mismo la enseñanza de la astronomía, como lo demuestra la interesante experiencia de Kirsten Larsen (2002), profesora de Física y Astronomía en la Central Connecticut State University. De facto, tanto en *El Silmarillion* como en *El Señor de los Anillos*, la astronomía cuenta con una presencia de lo más importante, máxime que los elfos son el Pueblo de las Estrellas dado su amor por las mismas y por la naturaleza en general. En forma resumida, el inventario de los cuerpos celestes de la Tierra Media comprende varias categorías, a saber: seis estrellas, nueve constelaciones y asterismos, los planetas del sistema solar, al igual que el Sol y la Luna. Además, son de lo más especiales los calendarios concebidos por Tolkien para los pueblos de la Tierra Media, si bien, a diferencia de nuestro calendario habitual, él empleó días por fuera de los meses en lugar de nuestros meses de duración variable. Con esto, procuró darle simetría al calendario, de manera que una fecha dada

coincidiese siempre con un mismo día de la semana. En cambio, en el caso de nuestro calendario, como señala Miguel Alberto González (2015: 26), el año está regido por el movimiento solar; y el mes, por el lunar. Así, tenemos dos formas de lectura para dar cuenta del transcurso de esta galaxia.

En lo fundamental, Tolkien concibió con brillantez una mitología para las islas británicas inscrita en una matriz ética neotestamentaria, aunque, si reparamos con cuidado, esta mitología cubre a Europa, máxime que la Tierra Media, por sus coordenadas, coincide con el Viejo Mundo. He aquí sus propias palabras a este respecto, dichas en una de sus cartas, la N° 294: “La acción de la historia se desarrolla en el noroeste de la Tierra Media, equivalente en latitud a las líneas costeras de Europa y las costas norteanas del Mediterráneo. Pero, ésta no es una región puramente nórdica en ningún sentido. Si Hobbiton y Rivendel se consideran aproximadamente a la latitud de Oxford (como fue mi intención), Minas Tirith, seiscientas millas al sur, está más o menos a la latitud de Florencia. Las desembocaduras del Anduin y la antigua ciudad de Pelargir están en la latitud de la vieja Troya” (Chueca Pazos y Simó Santonja, 2008).

Empero, la dimensión ética de la obra de Tolkien no termina aquí como lo demuestra con tino el padre Ricardo Irigaray, S.J., uno de los mejores expertos argentinos en Tolkien, amén de haber sido fundador y presidente de la Asociación Tolkien

3. “Sin embargo, «el consuelo» de los cuentos de hadas tiene otro aspecto además de la satisfacción imaginaria de antiguos deseos. Es mucho más importante el Consuelo del Final Feliz. Casi me atrevería a afirmar que todos los cuentos de hadas deben tenerlo. Podría decir que la tragedia es la verdadera forma del drama, su función más alta; pero es todo lo contrario en las historias de hadas. Dado que no parecemos poseer una palabra que exprese esta oposición, lo llamaré eucatástrofe. El cuento eucatastrófico es la verdadera forma del cuento de hadas, y su función más alta.

4. “La consolar de los cuentos de hadas, la alegría del final feliz; o más correctamente, de la buena catástrofe, “el giro” a la alegría repentina (porque en realidad no hay final en el cuento de hadas): esta alegría, que es una de las cosas que los cuentos de hadas pueden producir sumamente bien, no es esencialmente «escapista», ni «fugitiva». Traducción de los editores.

Argentina, en cuya fundación participaron así mismo otros sacerdotes con la finalidad de investigar, estudiar y difundir la obra del célebre escritor y filólogo británico. En todo caso, el padre Irigaray suele profundizar en sus conferencias y artículos, desde la obra de Tolkien como sustrato fundamental, en temas como el sacrificio en la juventud, los desafíos de crecer y la importancia de tener bien claro un proyecto de vida. Por lo demás, el padre Irigaray, hasta donde cabe decir, es quien ha escrito lo mejor sobre Tolkien en lengua castellana (Ginés, 2001), máxime que él no elude las cuestiones difíciles, tales como la muerte y la inmortalidad, la redención, la salvación, el pecado original, el sentido de la creación, el valor del sacrificio, la predestinación, la libertad, etc. Y todo esto enmarcado en un amor sincero por la obra tolkieniana. En fin, si reparamos en los temas abordados por la Asociación Tolkien Argentina (<https://www.facebook.com/TolkienARG>), la dimensión ética es insoslayable en los mismos, pues, se trata de temas como la posesividad, la amistad o la esperanza, temas tolkienianos por excelencia.

Por si todo lo dicho hasta este punto no bastase para ilustrar la dimensión ética en la obra tolkieniana, viene al caso destacar que ésta contribuyó de manera significativa al auge del actual movimiento ecológico. En efecto, habiendo tenido la ecología un primer nacimiento a fines del siglo XVIII gracias al descubrimiento del papel de la vegetación en la regeneración del oxígeno por parte del científico británico Joseph Priestley, quien, junto con el no menos insigne Antoine Laurent de Lavoisier, es uno de los padres fundadores de la química moderna, tal disciplina cobró un auge enorme durante la década de 1960, justo la década que vio nacer la Bioética con Van Rensselaer Potter. El

auge de marras tiene mucho sentido en virtud de la influencia significativa ejercida por dos libros: *Silent Spring*, obra de autoría de la bióloga estadounidense Rachel Louise Carson aparecido en 1962, en la cual ella denunció con valentía los efectos devastadores de los pesticidas y otras sustancias químicas nefastas, sobre la vida silvestre; y *El Señor de los Anillos*, libro publicado en 1954, cuya influencia llegó al punto de inspirarle a David McTaggart la fundación de Greenpeace. En esta perspectiva, como destaca Stratford Caldecott (2006), se ha denominado a Tolkien como un ecologista por delante de su tiempo, si bien, no un ecologista a secas dado que la obra de Tolkien, como bien cabe juzgar desde el pensamiento de Caldecott (2012), posee una visión espiritual evidente.

En 1957, Tolkien recibió el primero de los muchos premios otorgados a su obra magna, en la convención anual de la World Science Fiction. Ahí, *El Señor de los Anillos* quedó elegido como la mejor obra de fantasía de 1956, y a Tolkien le entregaron el afamado premio Hugo (Grotta, 2002: 207). Un tiempo después, en 1961, el entusiasmo provocado por la obra pasó desde los académicos al mundo de los amantes de la ciencia ficción (Grotta, 2002: 209). Justo en esa década, la de 1960, en la que surgió la Bioética, la obra magna de Tolkien estalló con ímpetu en los campus universitarios estadounidenses, un hecho asociado con el desencanto de los jóvenes en relación con el sueño americano, quienes prefirieron los grandes temas sociales de esa década, como los derechos civiles, la guerra contra la pobreza, el tratado de prohibición de pruebas nucleares y el viaje a la Luna. Fue tal el entusiasmo por *El Señor de los Anillos* que surgieron por doquier grafitis con leyendas como “apoye al hobbit de su



La genialidad de Tolkien rezuma por doquier en su obra magna, cuya dimensión ética y bioética vale un potosí, como lo mejor de la ciencia ficción, para entender la problemática inherente a los usos horribles de la deshumanizada tecno-ciencia moderna.



barrio", "Gandalf a presidente", "¡Frodo vive!" y "leer a Tolkien puede formar a un hobbit" (Grotta, 2002: 225). Luego, el 24 de noviembre de 1966, la Royal Society of Literature le concedió a Tolkien su más alto honor: la medalla Benson por *El Señor de los Anillos*, la recompensa literaria más prestigiosa en el Reino Unido, algo así como el premio Pulitzer en los Estados Unidos (Grotta, 2002: 240).

Tras todo lo dicho, conviene dejar claro que Tolkien no presenta en su obra una visión romántica de la naturaleza, puesto que una buena parte de la Tierra Media es peligrosa y hostil a más no poder. Ante todo, su obra, recordémoslo, constituye una crítica demoledora a la sociedad industrial. Del mismo modo, su propia noción de eucatástrofe presupone un sufrimiento largo y duro coronado al final por el inesperado desenlace feliz. Aunque, con todo, no admite duda alguna que la obra tolkieniana ha ejercido la influencia destacada antes, de alcance mundial, incluido el mundo educativo comprometido con la formación integral en clave de desarrollo humano imbricado en una sólida matriz ética, un asunto que abordé con cierto detalle en otro lugar unos años atrás (Sierra, 2009). Por lo demás, algo similar cabe afirmar a propósito de la ciencia ficción seria, el más humano de los géneros, puesto que, con fines altamente educativos, encontramos obras pergeñadas al respecto, como, botón de muestra el libro de Terence y Cathy Cavanaugh (2004), al igual que el de Gary Raham (2004).

Desde luego, cabe añadir más detalles relevantes a propósito de lo abordado en estas páginas, un reflejo del hecho que la obra de Tolkien ha inspirado la escritura de decenas y decenas de obras académicas, incluidas varias tesis doctorales,

como la del antes mencionado padre Ricardo Irigaray (2009). Y esto sin contar toda una miríada de artículos. Del mismo modo, si bien es imposible saber cuánta gente ha leído la obra magna de Tolkien, puede afirmarse con certeza que estamos ante uno de los libros de ficción más leídos en el siglo XX y lo que va corrido del siglo XXI. La genialidad de Tolkien resume por doquier en su obra magna, cuya dimensión ética y bioética vale un potosí, como lo mejor de la ciencia ficción, para entender la problemática inherente a los usos hórridos de la deshumanizada tecnociencia moderna. Por algo, un modesto electricista de Oxford, admirador profundo de *El Señor de los Anillos*, se acercó al busto de bronce del Profesor Tolkien, le puso el brazo sobre los hombros y le dijo, como si se dirigiese a una persona viva: "Bien hecho, Profesor. ¡Has escrito una historia estupenda!" (Grotta, 2002: 261). Si nos fijamos con cuidado, este episodio, como tantos otros que cabría incluir aquí, nos muestra otra dimensión de la ética en Tolkien: una sana ética académica, evanescente en nuestro tiempo por desgracia, que no olvida lo que el mundo universitario, concebido en clave humanista y biocéntrica propiamente dicha, sin dejarse corromper por el mercado, puede hacer más allá de su linde. Es decir, Tolkien no se olvidó de la gente, del ciudadano de a pie, del gran público. Y no es casual esto. Al fin y al cabo, tanto la ciencia ficción como la mitopoeia son géneros que han nacido, crecido y prosperado en el seno de una estructura de plausibilidad bastante diferente a la del mundo académico, por lo cual cuentan, dado su ecumenismo, con todo un potosí ético y pedagógico que conviene no pasar por alto bajo ninguna circunstancia.

Fuentes

- ALGOUD, Albert. (2002). *El ilustre Tornasol*. Barcelona: Norma Editorial.
- ASOCIACIÓN TOLKIEN ARGENTINA www.facebook.com/TolkienARG.
- BARAD, Judith y ROBERTSON, Ed. (2001). *The Ethics of Star Trek*. New York: Perennial.
- BERMAN, Morris. (2011). *El crepúsculo de la cultura americana*. México: Sexto Piso.
- CALDECOTT, Stratford. (2006). JRR Tolkien: Can we find Tolkien's Ring in the real world? Extraído el 8 de noviembre de 2015 desde www.churchinhistory.org/pages/leftpane/reflect-lit/tolkien/tolkien-caldcott.htm.
- CAVANAUGH, Terence W. y CAVANAUGH, Cathy. (2004). *Teach Science with Science Fiction Films: A Guide for Teachers and Library Media Specialists*. Worthington: Linworth Publishing.
- CHUECA PAZOS, Manuel y SIMÓ SANTONJA, Vicente L. (2008). *Cartografías fantásticas: Platón, Stevenson, Tolkien, Einstein*. Valencia: Real Academia de Cultura Valenciana.
- CONKLIN, Groff (editor). (1979). *Los mejores relatos de ciencia ficción*. Barcelona: Bruguera.
- GALLEGO, Eduardo y SÁNCHEZ, Guillem. (2003). ¿Qué es la ciencia ficción? Extraído el 1º de noviembre de 2015 desde <http://www.ciencia-ficcion.com/opinion/op00842.htm>.
- GINÉS, Pablo J. (2001). *El Señor de los Teólogos*. Extraído el 4 de noviembre de 2015 desde <http://es.catholic.net/op/articulos/25118/el-seor-de-los-telogs.html>.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Miguel Alberto. (2015). *Tiempos intoxicados en sociedades agendadas: Sospechar un poco del tiempo educativo*. Bogotá: Planeta Paz, Universidad de Manizales y Ediciones desde abajo.
- GROTTA, Daniel. (2002). *J. R. R. Tolkien: El arquitecto de la Tierra Media*. Barcelona: Andrés Bello.
- HARTWELL, David G. (1989). *The World Treasury of Science Fiction*. Boston: Little, Brown & Company.
- ILLICH, Iván. (2006). *Obras reunidas I*. México, Fondo de Cultura Económica.
- ILLICH, Iván. (2008). *Obras reunidas II*. México, Fondo de Cultura Económica.
- IRIGARAY, Ricardo. (1999). *Elfos, hobbits y dragones: una investigación sobre la simbología de Tolkien*. Buenos Aires: Tierra Media.
- JONAS, Hans. (2004). *El principio de responsabilidad: Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona: Herder.
- LARSEN, Kristine. (2002). *The Astronomy of Middle-earth*. Extraído el 3 de noviembre de 2015 desde http://www.physics.ccsu.edu/Larsen/astronomy_of_middle.htm.
- PEARCE, Joseph. (2003). *Tolkien: Hombre y mito*. Barcelona: Minotauro.
- RAHAM, Gary. (2004). *Teaching Science Fact with Science Fiction*. Portsmouth: Teacher Ideas Press.
- REBETZ, René. (1996). *Ellos lo llaman amanecer y otros relatos*. Bogotá: Elektra Editores.
- REYES, Jaime Ricardo. (2001). *Teoría y didáctica del género ciencia ficción*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.
- SAGAN, Carl. (1997). *El mundo y sus demonios: La ciencia como una luz en la oscuridad*. Bogotá: Planeta.
- SAGAN, Carl. (1999). *Contacto*. Barcelona: Plaza & Janés.
- SIERRA CUARTAS, Carlos Eduardo de Jesús. (2009). *El sustrato bioético de la obra de J. R. R. Tolkien: Posibilidades pedagógicas*. En: *Revista de Bioética Latinoamericana* [Universidad de los Andes, Venezuela], Vol. 3, N° 3.
- SIERRA CUARTAS, Carlos Eduardo de Jesús. (2015a). *La dimensión ética en la obra de René Rebetz*. Extraído el 2 de noviembre de 2015 desde <http://www.bioetica-debat.org/modules/news/article.php?storyid=1306>.
- SIERRA CUARTAS, Carlos Eduardo de Jesús. (2015b). *La polemoética en la ciencia ficción*. En: *Revista de Bioética Latinoamericana*, N° 16, pp. 34-70.
- TOLKIEN, John Ronald Reuel. (1947). *On Fairy Stories*. Extraído el 3 de noviembre de 2015 desde <http://alexvillagran.blogspot.com.co/2014/12/biblioteca-virtual-89-j-r-r-tolkien.html>.
- TOLKIEN, John Ronald Reuel. (2002a). *El Hobbit*. Barcelona: Minotauro.
- TOLKIEN, John Ronald Reuel. (2002b). *El Señor de los Anillos (ilustrado)*. Barcelona: Minotauro.
- TOLKIEN, John Ronald Reuel. (2002c). *El Silmarillion*. Barcelona: Minotauro.
- WIKIPEDIA. (2015a). *Ciencia ficción colombiana*. Extraído el 2 de noviembre de 2015 desde https://es.wikipedia.org/wiki/Ciencia_ficci%C3%B3n_colombiana.
- WIKIPEDIA. (2015b). *John W. Campbell*. Extraído el 8 de noviembre de 2015 desde https://es.wikipedia.org/wiki/John_W._Campbell.
- WIKIPEDIA. (2015c). *Star Trek*. Extraído el 8 de noviembre de 2015 desde https://es.wikipedia.org/wiki/Star_Trek.



UNIVERSIDAD CES

Un compromiso con la excelencia

Departamento de Humanidades

Etices

Boletín trimestral de Bioética
Volumen 6, número 3 • Julio - Septiembre de 2014

